Arnaldo Esté*

Cohesión y comunidad

I. Introducción

Queremos seguir, en este escrito, nuestras proposiciones anteriormente publicadas aquí, en *Apuntes Filosóficos*(1), que buscan explicar en un ambiente un poco más especializado, términos y conceptos usados para argumentar una propuesta educativa(2).

Estamos en una dirección que quiere subrayar la importancia del sujeto, de la persona, de quien conocé, anticipadamente las maneras y modos del comprender y el conocer e, incluso, de lo conocido. Hay que desplazar el nivel de preocupación que se le da al método hacia el sujeto que lo verifica. Desde la epistemología hacia la ética.

Esto lo pensamos, como mucho más que un cambio de paradigmas —en la medida del concepto de paradigma, o tradición, según lo reformula Khun(3)—; está atado más a una variación de aproximación en el curso de una misma racionalidad e historia que a una variación del punto de vista cultural en el abordaje de las cosas, por los que nos resulta etnocéntrico y lineal: no comprende la diversidad.

Desplazar nuestra atención hacia el sujeto es abrir el campo de la diversidad. La dignificación del sujeto es la apertura a un mundo mucho más rico y sorprendente, donde el encuentro con el otro significará mucho mas que el afán de reducirlo a nuestros términos, o negarlo. Será el disfrute de su imagen confusa; la negociación con alguien que no

---

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

Apuntes Filosóficos 6 (1994): 139-154

deseamos que deje de ser otro, porque de esa otredad viene el placer de afirmarnos.

El que conoce, el que comprende, el sujeto se verificará siempre en un proceder cuya fertilidad estará atada a su dignidad. La complejidad de lo nuevo —sea nuevo por recién nacido, por nacer o por diverso— requiere el empleo del sujeto en una plenitud tal que el método como instrumento siempre se quedará corto ante los infinitos recursos del cuerpo dignificado.

En varias oportunidades(4) hemos mencionado la desintegración de sus comunidades como uno de los mayores problemas de Venezuela. Las escuelas e instituciones educativas tienen una existencia puramente administrativa.

Tres grandes oleadas han habido en la historia venezolana que resultaron en dispersión y desintegración de sus comunidades: la conquista española, la guerra de independencia y la invasión industrial-petrolera.

La conquista española

En el primer caso el exterminio físico compitió con el genocidio cultural, levemente atemperado por prédicas y luchas de gente como Bartolomé de las Casas, que trataron de lograr unas vías de conquista y colonización que, a la vez que más humanas, fueran más productivas para la corona (ver T. Todorov, 1987, *La conquista de América*. Siglo XXI).

La mayor parte de las comunidades originales de nuestro territorio desaparecieron y las que quedaron aun se debaten por su sobrevivencia, como importantes grupos humanos, a la vez que símbolos de la resistencia y dignidad(10).

El reposo de la acción depredadora del conquistador fue progresivamente dejando tiempo y espacio para la formación de nuevas comunidades. Los años de la pobreza colonial vieron sedimentar usos, tradiciones, formas de relación y acopios simbólicos en caldos de mestizaje forzado, asimétrico y severas discriminaciones. Ellos lograron una cierta riqueza estética en los años del auge cacaotero. Ello dejó huellas que permiten distinguir aldeas, haciendas, poblados, gremios y funciones con vocación productiva y una gran dignidad.

La guerra de independencia

En esas comunidades se incuba el proyecto independentista. Por muy diversas causas, tal vez indescifrables, Caracas se convierte en mágico recinto donde florece un conjunto de hombres asombrosos, totalmente desproporcionado para el número total y la riqueza material de sus pobladores. Ejecutores de ideas mayormente extrañas, con una gran creatividad para la acción política y militar se lanzan, con Bolívar adelante, en ese proyecto desmedido para lo que la propia historia posibilitaba.

La guerra que alzaron, también fuera de escala para sus empresarios y sus posibles alcances, resultó para Venezuela mucho más que para los otras naciones americanas, una inmolación. La escasa población se vio movida de un lado al otro del territorio varias veces, y una generación de jóvenes quedo reducida a los sobrevivientes —tal vez— más pacatos, humildes o escurridizos. Ciertamente, entre 1810 y 1824 fallecieron casi todos los que podían actuar y crear más allá de la mezquina permanencia vegetativa. (Ver el censo de Codazzi de 1827). Esa fue la segunda oleada desintegradora.

De las ruinas que deja la independencia se inicia una severa gestión «civilizadora». Gamonales y caudillos se pelearán larga mente por repartirse el despojo, pretendiendo, a la vez, el discutido título de civilizadores, por sacar a la nación del «atraso» y llevarla al «concierto mundial». Esa rebatiña la gana Gómez coincidiendo con cien años de búsqueda de sedimentación social en nuevas pautas y pretensiones.

Lo que hoy se reivindica como folklore e identidad está, en buena medida, referido a lo que la producción simbólica de esos años nos presenta. En medio de gran pobreza hay una cierta estabilidad comunitaria y el lento madurar de un sistema de referentes.

La cultura industrial y el petróleo

Con los años 20 viene el petróleo que se alía con Gómez para abonar un poderoso gobierno centralista y paternal.

El industrialismo entra como mensaje confuso y centrípeto. Ser campesino se torna vergonzoso en una nación que es campesina. Los símbolos y referentes logrados se extravían y sólo lograrán retornar

décadas más tarde, con Pérez Jiménez. Pero más como remembranza folklórica que como símbolos y referentes vigentes y cohesionadores.

La estampida hacia las ciudades es tal que se le llama éxodo. Es la tercera ola desintegradora. Lo poco que se habían sedimentado y cohesionado en las comunidades se pierde y en su lugar queda lo que se ha llamado «marginalidad». Masas de sobrevivientes expectantes, sin proyectos ni referentes, campos fértiles para el populismo.

La promesa populista hace de símbolo que abona atajos, caminos cortos y corruptelas. De la figura caudilla de Gómez se pasa a la figura de «el Gobierno». El Estado nunca se llega a estructurar con continuidad, de tal suerte que cambio de gobierno es cambio de «Estado». Permanece la misma rosca de poder con diferentes personeros disfrazados de partido. Se inculca como bandera una democracia, que, más que sistema, es eso: una bandera partidista que hasta ahora no termina por comprenderse ni menos establecerse.

Así que, con propiedad, en este peculiar país, con un 91% de población urbana, no se puede hablar de comunidades cohesionadas ni estructuradas. Y ese es el principal problema social que aquí lo discutimos en sus implicaciones éticas.

Esto es, lo que podemos llamar, la historia de Occidente en esta parte de América, y sus efectos sociales.

II. Cohesión: la comunidad y la nación

La comunidad

Como ya hemos expuesto en otro escrito (ver «La interacción constructiva» en *Apuntes Filosóficos* Nº 5 de 1994), proponemos para nuestra discusión, una concepción de comunidad en términos como los siguientes: «La comunidad permite una magnitud mayor y de otra calidad de la subjetividad individual. La comunidad, como la entendemos, es el conjunto creado por el juego de las interacciones corpóreas, en un espacio físico cierto.

Más allá de la relación corpórea, que incluye la oral, comienza el campo de las relaciones mediadas por los signos y símbolos. Para esas condiciones de relaciones mediadas se usa frecuentemente el término comunidad, pero en un sentido analógico, decimos, porque un conjunto

humano ofrece características similares a las que encontramos en una comunidad propiamente dicha de acuerdo a lo que aquí proponemos.

¿Por que nos interesa establecer el campo de las relaciones corpóreas? Ese es el campo real de existencia de una *subjetividad colectiva* que reclama una integración entre sus componentes individuales mucho mayor que la que se puede lograr gracias a la comunicación mediada por signos y símbolos.

En una comunidad, en diversos grados de frecuencia y cercanía, la proximidad de sus integrantes está dada por una interacción directa y corpórea, donde el poder se hace mucho menos sentir, y que permite que esa integración y pertenencia alcance profundidad y riqueza jamás alcanzables por una relación mediada, a veces sesgada, a veces filtrada por las condiciones inevitables de los lenguajes de vocación remota (como la escritura). En esas condiciones el grupo se da en el individuo soportando sus rasgos y acervo y sirviéndole de recinto a su realización social. Es la fuente principal del reconocimiento que necesita para sentirse sujeto.

La presencia mediada de los otros, con toda la fuerza que pueda lograr, como es el caso de clérigos y dirigentes políticos —propensos a encerrarse en sus cofradías—, nunca se equipara a la dada por los próximos: amantes, familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, colegas. Es para ellos para los que en definitiva se produce, crea, actúa, llora, viste y son los ojos de ellos los que se sienten evaluando cada acto o movimiento. La gloria, la posteridad, la fama, la misma riqueza y el poder se reduce siempre a una mirada, a una risa, a una señal que testimonie que alguien, que es mucho más que esa risa o esa señal, me está reafirmando.»

COHESIÓN SOCIAL(3) es una expresión muy habitual en la Sociología y en la Psicología Social y, en general, habla del nivel de proximidad o identificación que existe entre los integrantes de un grupo o comunidad, en relación a símbolos, necesidades, satisfacciones y logros.

En nuestra proposición la atención está puesta en la COMUNIDAD. Cuando nos referimos a grupo, estamos pensando en comunidad. Y cuando hablamos de comunidad, estrechamos el concepto para refe-

rirnos a un conjunto humano ubicado espacialmente, en un barrio, escuela, etc., intrigándonos acerca de todos los otros vínculos que existan entre ellos, que expresen y causen COHESIÓN. Esto no intenta ser una definición en el sentido lógico tradicional. Es, más bien, una referencia de pretensión comunicativa subordinada al problema ético-social que nos preocupa.

Y nos preocupa la cohesión de una comunidad porque la relacionamos con la capacidad que tenga esa comunidad para actuar como que si fuera un sujeto colectivo, con fuerzas similares a las que podríamos encontrar en un *SUJETO INDIVIDUAL DIGNO.*

Similar, decimos, porque no concebimos (ver arriba) que pueda existir tal cosa como una *subjetividad colectiva* en independencia de los individuos que componen la comunidad. Pero la analogía funciona para explicar comportamientos que pueden llegar a ser extraordinariamente complementarios o coincidentes, más complejos que los que puedan ser efecto de una determinación racional o consciente.

Una comunidad cohesionada logra una conciencia compartida que, entre otras cosas, puede generar una necesidad de autoconciencia, de autocomprensión, explícita o implícita, de sus componentes, de su condición y de la fuerza que tiene; lo que revierte, en la medida en la que se logra, en incremento de la misma cohesión.

No vamos a incursionar el problema en la perspectiva psico-sociológica habitual. Lo haremos más como problema ético/gnoseológico.

La cohesión es, pues, el mayor o menor grado de esa analogía que llamamos subjetividad colectiva.

La subjetividad colectiva permite, además de ese actuar complementario del grupo, el ejercicio de incitaciones y motivaciones, testimonios y evaluaciones que le dan sentido y reconocimiento al actuar individual. El individuo no se realiza sino en la medida en la que el otro, como diverso, está allí para reconocerlo y testimoniarlo, y que además, el testimonio y el reconocimiento sólo es validado porque el otro es tal, un diverso y que si su reconocimiento es más valioso tanto más reconocido es ese otro. Enriquecimiento individual es proporcional a la percepción del otro y a la vigencia del otro en mí.

La relación de dominio incide sobre el individuo impidiendo su percepción de sí como sujeto, como otro. La relación de dominio incide sobre el grupo sustituyendo el ethos cohesionador que lo integraría, por un conjunto de símbolos extraños que no conducen a la cohesión, sino a la dependencia. Los símbolos impuestos no evocan al propio acervo, convalidándolo. Por lo contrario, evocan lo no tenido ni comprendido, pero sí extraño y tomado por superior pero nunca lograble. No se comprenden ni se pueden interpretar.

De alguna manera hay momentos similares entre la abstracción simbólica de NACIÓN y la más abstracta de extranjero dominador. Ambas referencias son lejanas y no manejables corpóreamente.

Dos grupos no excluyentes de componentes pueden darse para la realización de una nación.

a. Cohesionándola alrededor de conjuntos simbólicos remotos que refieran al individuo a símbolos extraños de su entorno, de su cotidianidad y, por lo tanto, no manejables o sujetos a interpretaciones individuales (himno, bandera, escudo, el territorio patrio, el bien nacional, el patrimonio histórico, la Historia del País, los Próceres y Héroes).

En este caso, el manejo de los símbolos se hace monopólico y está sujeto al poder de las estructuras constituidas alrededor de esos símbolos para su usufructo: Estado, Ejército, medios de comunicación, roscas, partidos, Escuela.

b. Como efecto de comunidades convergentes. Donde la fuerza fundamental está dada por la existencia de subjetividades colectivas logradas por la cohesión de esas comunidades alrededor de símbolos, necesidades, satisfacciones, hechos y logros inmediatos, manejables e interpretables. Entendiendo aquí comunidad como determinada por las posibilidades del alcance corpóreo y no mediado de cada sujeto individual (corpóreo, repetimos, en cuanto que tiene la riqueza de los percibido inmediatamente, sin la necesaria mediación de signos o lenguajes, en nivel de escuetas señales).

En este caso el usufructo de los símbolos es también posible, pero más discutible y negociable desde la perspectiva del individuo, por su obvia accesibilidad.

El segundo grupo es de efectos más sólidos que el primero. La cohesión comunitaria es más independiente del Poder central, del avatar político, del suministro externo y, por lo tanto, es más dignificadora de los individuos que la constituyen, que tienen la oportunidad de concebirse realizados por la imagen que de sí devuelven los otros integrantes inmediatos.

COHESION Y DIGNIDAD son elementos complementarios, lógicamente, pero no ontológicamente, en los ámbitos individual y colectivo.

Lejos de entender el grupo como el recinto de una relación de dominio, lo buscamos como el logro de una convergencia de negociaciones que supone una relación dialéctica y de complementariedad entre el individuo y el grupo, gracias a la cual lo uno sólo se da por lo otro.

El individuo sólo se logra por el ámbito de reconocimiento que posibilita el grupo, siendo entonces que el individuo se convalida —se dignifica— porque el grupo lo reconoce en su diversidad, prestándole auditorio y espectadores —negativos o positivos— para su desempeño. El individuo se realiza —socialmente— en el grupo, no se «auto-realiza».

El grupo, a la vez, es una resultante de la convergencia negociadora de los individuos. Pero no una resultante aritmética: es otra realidad.

Una realidad que madura en la generación de un ethos, que a la vez que sirve de referente para la conformación de los proyectos individuales, que negociarán con él, tiene un fuerte valor simbólico concitador, cohesionador.

El *ethos* no es, necesariamente, de valor positivo. Es simplemente de valor constitutivo, del cual puede derivarse negaciones de los individuos o incluso una devoción fatal hacia la destrucción o el suicidio. Pero sí es condición de integración, de cohesión, de sujeto.

Actúa en el grupo concitándolo a la mutua complementariedad, a la construcción colectiva donde cada cual cumple su parte y está ávido de hacerlo (el *ethos* individualista (Weber, M.), crea la ficción de que el individuo se realiza en contraposición al grupo, que hay una inevitable competencia porque no hay puestos para todos —no hay diversidad, cada quien se realiza en las exclusivas funciones del mercado, no habiendo lugar para los no mercaderes— y siendo los puestos, los cupos,

mucho menos que los individuos aspirantes, habrá una *necesaria y saludable competencia* de la que saldrán los triunfadores y los perdedores (*winners y losers* para decirlo en su más adecuado lenguaje).

Esa condición del *ethos* individualista es pariente estrecho del universalismo. La no percepción de la diversidad en la escala individual es pareja con la no percepción de la diversidad cultural, de sus manifestaciones inmediatas y cotidianas. El hombre ha de realizarse como individuo en el sólo curso del mercado, que es una condición global a la que hay que someterse.

El resultado es paradójico. El individualismo deviene en una terrible negación del individuo: la homogeneización tras del paradigma mercader.

El susto que provoca el individualismo y las aberraciones de la sociedad que conforma, traen su negación simple: la apología del colectivismo. El individuo debe someterse al grupo, pero grupo entendido como colectivo, y colectivo —mientras se llega a él— como Estado. Al no manejar los condimentos éticos de esa condición libertaria, el proceso se estanca en el punto hasta donde puede llegar occidente y el industrialismo: en el Estado. Estado que pretende imponer —al no concebir el carácter constructivo de los procesos sociales— el colectivismo, como comunismo, que sería donde tal vez podría florecer de nuevo el hombre.

Esa no comprensión del carácter constructivo de los procesos sociales lleva a pensar y actuar en la creencia de la posibilidad de imponer los estados de conciencia —*constructivo, decimos en cuanto que los conocimientos y saberes son logros de lo que ya se tiene como acervo, activado ese acervo, individual y socialmente, por la negociación consigo mismo y con los otros*. Se actúa en la creencia de que la prédica puede determinar comprensiones y saberes. Que el conocimiento puede transmitirse porque tiene una existencia objetiva, más allá de los hombres y su conciencia. Una existencia de cosa transportable y transferible que, con buena voluntad, puede prodigarse democráticamente, colocarse en todos con una adecuada técnica transmisora. Una técnica que implica disciplina, concentración, acatamiento y subordinación.

Esa manera de concebir el saber argumenta el mesianismo del Partido, que, como Estado en ciernes, impondrá líneas, conciencias, comportamientos y propósitos. Invocando una postergación y sacrificio en función de un futuro diferente.

Futuro que nunca podrá llegar, entre otras cosas, porque su comprensión queda impedida por los métodos y técnicas que se usan para hacerlo comprender y que contrarían ese futuro que se promete.

La nación

La cohesión de la Nación, como convergencia de las comunidades, por intereses, símbolos, logros y territorio compartidos es de mucha mayor solidez y permanencia. Tanto por la justicia que implica el respeto y valoración de cada uno de los constituyentes, como por los argumentos de que goza una constitución consciente y voluntaria. Estos son propios argumentos *federalistas* que compartimos.

A estas razones fundamentales se agregan otras de orden más bien funcional y administrativo. La inmediatez de los intereses, propósitos y recursos determina un compromiso muy palpable y fácilmente perceptible. Se acorta la distancia entre las medidas tomadas y sus efectos. Se hacen palpables las responsabilidades individuales en sus compromisos con el colectivo. El Estado, como una abstracción, le cede el paso a una relación eficaz y evaluable en proximidad.

III. Cohesión y estructuración

Un abordaje superficial y eficientista de estos problemas tiende a confundir Cohesión Social con Estructuración, pensando que los problemas de la comunidad y de la Nación se resuelven gerencialmente, obviando el substrato ético.

La Cohesión debe llegar a expresarse en una estructura que le sea fiel y consecuente. Organización y funcionamiento normados que hagan perceptible, comunicable y predecible la existencia comunitaria, no sólo incrementan el producto y funcionamiento de la comunidad, sino que también se devuelven como símbolos a la misma comunidad, incrementando su cohesión.

Pero la estructuración y organización no es de por sí cohesión ni determina inevitablemente cohesión. Incluso, una estructuración ajena

e impuesta, sin continuidad y relevancia para con el acervo comunitario puede resultar adversa y desintegrante.

Imponer a una comunidad una estructura en virtud del poder que se dispone puede agregarle a la no estructuración de la comunidad dada, la resistencia al poder extraño y el rechazo de otras maneras más consecuentes de estructuración.

Una manifestación concreta de lo que aquí discutimos la encontramos en la mencionada situación de escuelas y universidades y la propuesta de introducir el instrumento de *PROYECTOS DE ESCUELA* o *PROYECTO PLANTEL*,como recurso de cambio.

Cuando hablamos de la desintegración de escuelas e institutos educativos, de su inexistencia como comunidades humanas reales y cohesionadas, nos estamos refiriendo a su sola existencia administrativa, estructural, y a la pérdida de los otros componentes que indicaran o causaran cohesión.

En esa condición el instituto se reduce a una vida vegetativa y dependiente. Demanda que todo se le haga, no construye saberes, no crea. Sólo transmite y repite. Es la misma condición de un sujeto roto.

El llamado Proyecto de Escuela o Proyecto Plantel, de muy vieja data y en la última década oficializado en los programas educativos en varios países, incluyendo Francia y España, y ahora adoptado por el PLAN DE ACCIÓN que ha lanzado el Ministerio de Educación, es un importante instrumento para la estructuración de la Cohesión comunitaria de la Escuela.

En el Proyecto de Escuela pueden hacerse explícitos las adecuaciones y manifestaciones específicas y particulares de un Proyecto Pedagógico nacional. Las creaciones e innovaciones que coloquen a la escuela en continuidad con su comunidad circundantes: su cultura, sus tradiciones, sus exigencias para la producción económica, su ámbito ecológico.

Deben establecerse los propósitos que persigue la escuela para sus docentes y estudiantes, para su comunidad circundante y la manera de alcanzarlos; los recursos que necesita y el manejo de ellos. Debe caracterizarse su personalidad institucional, sus símbolos y referentes.

El efecto de una actividad cohesionadora expresada formalmente

en un Proyecto, se traduce a la larga en el surgimiento de una rica diversidad escolar y comunitaria.

Armar un proyecto es mucho más que hacer un plan, —que es un instrumento exclusivamente racional que pretende obligar el futuro. Es levantar un símbolo cohesionador.

Para que tenga ese carácter el proyecto tiene que ser consecuente con una autocomprensión —no necesariamente explícita— de quien proyecta, y del ámbito e historia donde se desenvuelve. El proyecto debe ser el producto de la propia construcción.

Esas dos operaciones: la comprensión de sí y la construcción del proyecto suponen un sujeto digno que lo hace, que comprende y construye.

Esto nos lleva a un lugar límbico y viciado en el que la inexistencia del sujeto —su ruptura ética— le impide comprender, y la imposibilidad de comprender le impide proyectar, y la ausencia de proyecto conserva su ruptura ética. Es el pozo del estado-en-dominio.

Esto así suena a escepticismo, a cinismo andaluz, a Swift, a Hume, a Profesor Juan Nuño.

Afortunadamente lo que describimos es social y, por lo tanto, complejo. Escapa a las descripciones lógicas.

Ese estado límbico e inercial debe romperse. Un arranque puede tener diversos orígenes. Pero el más eficiente y práctico, aunque no exento de peligros, es el de un agente promotor (nunca evangelizador, ni concientizador). Alguien con reconocimiento y aceptación que perturbe esa inercia e introduzca los conceptos e instrumentos iniciales para arrancar con búsquedas, ensayos e iniciativas.

No está exento de peligros porque el agente promotor puede confundir su propia provisionalidad y sustituir con su propio proyecto y dignidad aquélla de la comunidad a promover, haciéndose imprescindible y generando en la comunidad una nueva dependencia.

De manera que el promotor debe mantener ese delicado equilibrio: no ir más allá de lo necesario para romper la inercia, dejar los instrumentos iniciales y retirarse a tiempo.

IV. Constituyentes y cohesionadores

Aparte de los recursos de estructuración y organización de una comunidad, hay constituyentes y «cohesionadores» que operan, las más de las veces, intuitivamente, por la propia vocación social del hombre, o tradicionalmente en virtud del patrimonio cultural del grupo.

Podemos mencionar algunos, sin ánimos de sistematizar ni agotar la materia.

Simbólicos

Es función primordial del hombre la producción de símbolos. Genera señales y signos para comunicar sus pensares y estados interiores, sus comprensiones y necesidades. Percibe cosas que resultan ser señales, anticipaciones de otras.

Algunas de esas cosas, señales o signos, con intención o sin ella resultan muy cargadas de significados, tan así que el hombre —dotado de arte y religiosidad— las extraña de su razón, proyecta animación en ellas. Les atribuye funciones generatrices y primordiales. Crea el mundo de los símbolos.

Esta es una poderosa capacidad del hombre, que lo identifica.

Los símbolos están en el hombre, en su acervo, con fuerza constitutiva. Son, en buena parte, los desencadenante de comportamientos coincidentes, complementarios o simultáneos, de una manera tal que hacen percibir a los grupos como simbiontes de subjetividad única, como antes lo referíamos.

La respuesta similar ante un cierto símbolo hace que uno perciba al otro como próximo y del mismo grupo, siendo así a veces integrador y, al mismo tiempo excluidor: los que vibran conmigo, son los míos.

La preservación y cultivo de los símbolos de un pueblo, más que tarea de museos, es función de su existencia. Esto, independientemente, y como antes lo mencionamos, de que alrededor de los símbolos, con gran frecuencia, se conciten roscas, bandas, clases y castas que los usufructúan como causa de poder y su reproducción.

La producción estética: música, bailes y canciones; pinturas, esculturas, monumentos y edificios; novelas y poemas, escudos y ban-

deras, fotos y recuerdos; creaciones históricas y argumentales, la filosofía, los mitos y tradiciones. En virtud de la intención comunicativa que la alienta, posibilitan la negociación con los otros y al hacerlo su comprensión y respeto. Genera cohesión.

Las necesidades, satisfacciones y logros

Las necesidades, económicas o culturales, (en el entendido de que es imposible hablar de unas que no tengan algo de las otras) al igual que las satisfacciones y logros muchas veces alcanzan instancias simbólicas. No obstante, de por sí, tienen una gran fuerza concitadora. Al punto, que llevan a muchos a decir que la vocación social del hombre se constituye ante la necesidad de enfrentar a grandes bestias. La necesidad presiona la comunicación y subraya coincidencias e igualdades.

La necesidad reiterada termina por manifestarse simbólicamente, y es entonces cuando su condición efímera inicial, trasciende.

La *satisfacción*, pareja deseada de la necesidad, no siempre se alcanza. Pero los estados de satisfacción también identifican igualdades y coincidencias.

El *logro*, más allá de la satisfacción, es una nueva condición que no se integra al cuerpo del necesitado, más bien se agrega a él y lo enriquece. En tanto que la satisfacción es hija de un vacío, el logro es una adición, un incremento.

Tal vez, con más facilidad que la necesidad o la satisfacción, el *logro* se proyecta a símbolo. Bien establecido es un gran alimento de la dignidad porque testimonia la capacidad creadora de su agente.

Los encuentros

Encuentros llamamos a todo tipo de actividad que gira en torno a las necesidades de comunicación y sociabilidad que culminan con una proximidad corpórea.

Las festividades, celebraciones, aniversarios, intercambios, campeonatos, olimpíadas, seminarios, congresos, actos culturales, ferias, ceremoniales, religiosidades, son, a la vez que símbolos, actos de comunicación. Se dan proximidades; ejecutorias de negociaciones en una ámbito de relación corpórea, independientemente de que la convocatoria haya sido gracias a un símbolo. A diferencia de los contactos

rutinarios para aprender, producir, o ejecutar necesidades o satisfacciones, el *ENCUENTRO*, es una relación corpórea originada en un símbolo.

La fuerza cohesionadora del ENCUENTRO es grande, el símbolo indica cosas por compartir y la proximidad corpórea posibilita el cumplimiento de esa posibilidad, más allá de lo negociable por lenguaje y mediadores. De manera que uno logra saber del otro mucho más que lo que el otro puede alcanzar a decir. Tan así, que con frecuencia vemos que un ENCUENTRO deviene en símbolo, a veces con más fuerza que aquel que motivó el encuentro.

Referencias:

(1), (2),(4), (7) Son varias las publicaciones que nemos hecho con este mismo propósito de argumentar una propuesta educativa, entre otras:

A. Esté, 1994 «La interacción constructiva» en *Apuntes Filosóficos* Nº 5 de 1994) Apuntes Filosóficos(1).

_____, 1984, *Una escuela para la gente. Una universidad para Venezuela,* Ed. TEBAS.

_____, 1986, *Los maleducados,* Col Extensión-TEBAS.

_____, 1995, *El aula punitiva»,* Ed. Tropykos-TEBAS.

_____, (y otros) 1996, *El libro de escuela en Venezuela,* Ed. TEBAS.

_____, (y otros), 1994, *Educación para la dignidad,* Dossier de edición numerada en mimeo.

_____, 1993, «500 Años de Conquista» en *Extramuros* Nº 7, Facultad de Humanidades y Educación UCV

_____, (y otros), 1994, *Reforma educativa la prioridad nacional.* Ed. COPRE, Caracas.

_____, 1994, «La Educación en Venezuela y el Sentido de Su Cambio» en *El desarrollo humano en Venezuela,* Ed. Bernardo Klisberg, PNUD y Monte Avila Editores Latinoamericana.

(3) Ver en Lakatos, Imre, 1987, *Historia de la ciencia* las «Notas sobre Lakatos» de Khun, T. p. 83, Ed. Tecnos.

(5) T. Todorov, 1987, *La conquista de América.* Siglo XXI.

(6) Ver el censo de Codazzi de 1827.

(9) Para el concepto de *grupo,* que discutimos, ver J. C. Turner, 1990, Ed. Morata.

(10) Para los conceptos de *ethos.* y *dignidad* ver A. Esté, «Eticidad, Dignidad y Subjetividad en la Acción Educativa» en *Apuntes Filosóficos* Nº 2, Esc. de Filosofía UCV, donde lo usamos en un sentido próximo al de Max Weber. Weber, Max, 1975, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Ediciones Península, BARCELONA, pp. 45, 65, 69, 71.